

VEINTE PERUANOS DEL SIGLO XX

*Milagros Campos, Rossana Echeandía y
Alfredo Torres**

Reproducimos aquí las palabras que pronunciaron tres comentaristas en la presentación del libro: Pedro Cateriano Bellido (compilador), Veinte peruanos del siglo XX, Fondo Editorial de la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC), 2008, realizada el 11 de diciembre de 2008 en el Auditorio de la Escuela de Postgrado de la UPC.

Milagros Campos

1 La selección de los personajes y sus autores

¿Quiénes son los veinte personajes representativos del Perú en el siglo XX? Se trata de una estupenda selección en una difícil tarea. Tal vez podríamos agregar algunos otros nombres, lo difícil es cerrar la lista. La pregunta más difícil de responder es ¿qué tienen en común estos personajes? De los veinte, siete son limeños, cuatro arequipeños, dos tacneños, dos liberteños, un moqueguano, un andahuaylino...

Si bien la mayoría proviene de una formación en humanidades; encontramos un psiquiatra, un arquitecto, un ingeniero y un economista. Destacadas trayectorias académicas: rectores, decanos, directores de la Biblioteca Nacional.

Revista de Economía y Derecho, vol. 6, nro. 22 (otoño de 2009). Copyright © Sociedad de Economía y Derecho UPC. Todos los derechos reservados.

* Milagros Campos es vicepresidenta de Reflexión Democrática. Rossana Echeandía es editora de la Mesa Central de Redacción del diario *El Comercio*, de Lima. Alfredo Torres es director de Ipsos-Apoyo.

Si analizamos la selección desde las corrientes de pensamiento, encontraremos que esta puede calificarse de plural, pues va desde algunos que representan ideas más radicales y progresistas, al lado de conservadores, socialcristianos, socialdemócratas y liberales.

La obra tiene la virtud de presentar al Perú del siglo XX desde el intelectual, el académico, el artista, el empresario y el político. Encontramos que varios de los personajes reúnen arte, acción política y pensamiento. Es el caso de Vargas Llosa, de González Prada y Vallejo.

En este punto no puedo dejar de comentar la selección de autores que desarrollan el perfil y legado de cada uno de los personajes. En algunos casos es casi natural y casi imposible pensar en otra persona para la tarea encomendada. En otros, descubrimos una audacia que despierta un interés particular en la lectura. Tales son los casos de Espá y García-Sayán en los correspondientes ensayos de Víctor Raúl Haya de la Torre y Víctor Andrés Belaúnde, respectivamente.

2. ¿Por que leer este libro?

Un segundo comentario que deseo formular es en relación con las razones para no dejar de leer el libro. Cuando escuché a Pedro Cateirano del proyecto sin saber quiénes serían incluidos, recordaba una conversación con Pedro Planas sobre la importancia de reconstruir la historia del Perú. La historia que se nos enseña consiste en la narración de las batallas que ganamos y las muchas que perdimos, los golpes de Estado y las obras de infraestructura de cada gobierno. Creo que la obra aporta en esa tarea de reconstruir la historia en dos aspectos: destacar a los peruanos y peruanas que con su acción comprometida hacen la historia el Perú así como en permitir comprender los acontecimientos a partir de las personas. Es una verdad de Perogrullo: la historia la hacen los personajes.

Allí hay más de una razón para que este libro sea leído por los jóvenes. Pues, como señala Rocío Chirinos en la semblanza de Jorge Basadre, conocemos nuestro presente, pero no tenemos la misma conciencia de nuestro origen y nuestro destino. Basadre es el historiador de la República.

Al terminar de leer el libro, uno tiene la sensación no solo de conocer más sobre los veinte personajes seleccionados, sino sobre el Perú mismo. Pues la obra, sin proponérselo de manera explícita, tiene

el valor de permitir comprender la historia del siglo XX en el Perú. No es la historia de los acontecimientos, sino de las personas y cómo las vivieron. El cuidado con el que los autores narran acontecimientos y anécdotas permite conocer la personalidad y, en muchos casos, las convicciones profundas de cada uno de los personajes seleccionados.

¿Qué tienen en común estos personajes? Por un lado podemos decir, que han aportado al Perú pensamiento y obra. Pero sin duda el hilo conductor del libro es el Perú.

3 El hilo conductor: el Perú

El Perú diverso, pluricultural como lo definimos hoy, construyendo una identidad que es el núcleo y corazón de la nación como la concibió Renan. La identidad peruana que parece esquivo.

En la búsqueda de la identidad peruana, aun posmoderna, hay que recordar las expresiones de Honorio Delgado respecto de la identidad colectiva:

“El futuro próspero de estos pueblos –escribe–, ligados por la religión, el idioma, la raza, el suelo y la tradición común, depende forzosamente de un perfecto entendimiento entre ellos [...] con la exaltación de la conciencia de un destino compartido”.

En ella es necesario integrar la mirada del político, del economista, del intelectual, del artista, del poeta y del empresario.

Hace falta pensar al Perú de manera integradora con la tolerancia propia de la democracia y de la diversidad.

Una preocupación similar ocupa a Víctor Andrés Belaúnde, quien rechaza una identidad que subraye solo lo indígena en desmedro de lo hispano o viceversa.

Sin restar mérito a ninguno de los autores y a los efectos de mostrar la actualidad del debate y la vigencia de algunos de los argumentos y preocupaciones, quiero compartir con ustedes por ejemplo la preocupación por lo indígena, presente en González Prada, Víctor Andrés Belaúnde y Mariátegui.

Lo que falta en el Perú es capital humano y financiero; técnica y ciencia, habría dicho García Calderón; que la educación se constituye en una fuente de progreso que redunde en bien material de la sociedad.

Víctor Andrés Belaúnde se preocupa por la descentralización o regionalización, el sistema electoral y la organización del Estado. José

Luis Sardón destaca la preocupación central de Bustamante y Rivero por consolidar el Estado de Derecho.

Hay otro aspecto que debe ser señalado en las actitudes de los peruanos seleccionados: los valores democráticos. Miguel Cruchaga destaca dos gestos contundentes que no pueden pasar desapercibidos, en la historia del Perú del siglo XX, con los que el presidente Fernando Belaúnde Terry inicia sus gobiernos: las elecciones municipales y la devolución de la prensa y el cese de una de las libertades más emblemáticas de la democracia.

Si de gestos se trata, destaca la narración de uno que enaltece a Bedoya Reyes y muestra que la política no es ajena a reglas de corrección, ni al sentido de la historia en palabras de Carlos Espá. Tanto Espá como Lourdes Flores Nano narran cómo Bedoya Reyes renuncia a la Presidencia de la Asamblea Constituyente ofrecida por un grupo de constituyentes, permitiendo la presidencia a Haya de la Torre.

Están aquí, como reiteradamente lo ha señalado Lourdes Flores Nano, la génesis de las corrientes de pensamiento político peruano: el de Mariátegui, Haya de la Torre, Víctor Andrés Belaúnde, Bustamante y Rivero y Luis Bedoya Reyes. A ellos quisiera añadir el liberal, del que Beltrán y Vargas Llosa pueden ser sus representantes en la obra. Allí se gesta el camino de partidos programáticos, de lo que puede ser un sistema de partidos políticos en el Perú que no se han podido hasta ahora institucionalizar.

Hoy se ha debatido en el Congreso la eliminación del voto preferencial. El principal argumento es fortalecer a los partidos políticos como instituciones esenciales de la democracia. Entre nuestros personajes ni la política ni el Parlamento están ausentes. El manifiesto de Riva-Agüero es el deseo para institucionalizar un sistema de partidos donde estos no sean “efímeras organizaciones electorales, sino partidos serios y permanentes” con la vocación de permanencia que muestra el testimonio de Lourdes Flores Nano frente a la lección de saber legar del doctor Bedoya Reyes, fundador el Partido Popular Cristiano, de la trascendencia de Acción Popular y del APRA a sus fundadores.

En tiempos de reflexión sobre las siempre tensas relaciones entre el poder y la prensa, Arturo Salazar Larraín narra el diseño y ejecución de políticas públicas desde la prensa de Pedro Beltrán. El episodio es la puesta en la agenda nacional del problema de la vivienda.

Me hubiera gustado hacer algunos otros comentarios adicionales respecto de los otros personajes. No lo hago por dos razones, la pri-

mera es carecer de tiempo, la segunda es para que no se pierdan la lectura de este libro.

Mis palabras finales no pueden dejar de elogiar el dedicado trabajo de Pedro Cateriano, siempre lúcido, informado al detalle y con una visión del pasado y del futuro que no dudo que al hacer la lista de los 21 del siglo XXI Pedro será uno de ellos.

Rossana Echeandía

Hacia mediados de diciembre es inevitable que llegue el momento en que casi todos nos enfrentamos a ese ejercicio que se nos impone de manera casi natural: hacer un balance del año que termina, lo que hicimos bien, lo que pudimos haber hecho mejor, lo que definitivamente nos salió mal y también lo que feliz o infelizmente dejamos de hacer, ya sea por falta de ánimo, por falta de ‘tiempo’, porque nos sentimos incapaces, o simplemente porque no nos dio la gana de hacerlo.

Por eso, cuando hace unas semanas recibí la llamada de Úrsula Freundt invitándome a presentar esta compilación de ensayos acerca de veinte peruanos del siglo XX, y mucho más después, cuando empecé a leerlos, se me ocurrió que en mi balance de 2008 yo iba a estar más consciente que nunca de mi pequeñez.

Y es que aquí me ha sido posible encontrar, y en algunos casos reencontrar, aunque mirados desde ángulos distintos y novedosos para mí, a estos 19 hombres y una mujer que sin duda han dejado huellas profundas en el Perú, cuyos balances deben haber sido muy intensos año a año. De los veinte, además, cuatro siguen imprimiendo sus huellas y enriqueciendo nuestro mundo con sus ideas, sus versos, sus pinturas.

¿Pero por qué solo veinte peruanos? ¿Es que acaso solo estos veinte u otros veinte más o ya, digamos sesenta, eran los únicos que tenían la responsabilidad y el talento para impactar en su comunidad, en el mundo? Nadie puede dudar de que estos veinte lo han hecho de manera poderosa, así estemos de acuerdo o en desacuerdo con sus ideas, así nos guste o no nos guste el arte que desarrollan, pero me inquieta profundamente pensar cuántos más de veinte debieron haberlo hecho igualmente bien o inclusive mejor, pero quizá optaron por la mediocridad, muy probablemente por la comodidad de vivir

tranquilos, pasando desapercibidos, sin enfrentar las consecuencias complicadas que sin duda alguna surgen a propósito del despliegue de los propios talentos, las capacidades y las posibilidades particulares que a cada persona le son dadas para que los haga crecer de manera integral, para que se desarrolle como el ser humano único que es, y que tenga un impacto en su familia, en su comunidad, en el país e, inclusive, en el mundo, tal como ocurre con varios de estos veinte peruanos. ¿Cuántos intelectuales, pensadores, poetas, artistas, hombres y mujeres con dones especiales se rinden en el camino y nos privan de los frutos de sus talentos?

Mientras iba leyendo, también iba imaginando, gracias al buen trabajo de los autores de cada uno de los ensayos, a estos personajes, a cada uno en sus tiempos, en sus circunstancias particulares, qué deliciosas serían, por ejemplo, esas reuniones en las que participaban seguramente en discusiones acaloradas los hermanos García Calderón, Riva-Agüero, Víctor Andrés Belaúnde.

Y así, mientras los imaginaba, intentaba dar con algunos elementos que los unieran a todos, que me permitieran concluir que hay ciertas características comunes que los hacen ser peruanos que destacaron en el siglo que pasó o que continúan destacando en este que ha comenzado. ¿Cuáles son esos cinceles que esculpieron sus personalidades?

Evidentemente, entre estos puntos comunes no está la uniformidad de ideas, cada una reflejo de una forma particular de entender o intentar entender al hombre y al mundo, o de expresar su afán creador. Más bien, fue la diversidad de ideas la que los distinguió del resto. No fue tampoco su situación económica ni su situación social, su popularidad o su fortaleza física, ni su poder de ningún tipo particular.

Las coincidencias las he encontrado, más bien, en el afán de pensar, en la pasión por el Perú, por crear y no quedarse en lo establecido, de no conformarse con estar tranquilos, como a tantos les gusta decir hoy cuando uno les pregunta cómo estás y ellos responden: aquí, tranquilo nomás... Una frase que revela una tibia actitud interior.

Y, sobre todo, he encontrado coincidencia en la decisión de estos veinte de seguir adelante con valor para desarrollar empresas muy cuesta arriba. Cada uno asume con valentía su aporte a la sociedad, inclusive enfrentando sus propias debilidades, creciéndose a pesar de ellas, saltando por encima de las limitaciones económicas o de salud, de la soledad y de la incomprensión, de las críticas, de la cárcel y del exilio.

César Vallejo, por ejemplo, tuvo que alimentarse de nostalgia en París, adonde había ido para crecer como poeta a punta de culpas y obsesiones, de tristezas sin fin.

Víctor Raúl Haya de la Torre vivió la cárcel, el asilo en su propia tierra y el exilio, así como también lo sufrieron Bustamante y Rivero, Víctor Andrés Belaúnde, Fernando Belaúnde Terry y Luis Alberto Sánchez.

Francisco García Calderón tuvo que hacerle frente a la esquizofrenia y a sus permanentes estados depresivos.

José de la Riva-Agüero debió enfrentar el dolor por el fracaso de su Partido Nacional Democrático, la incompreensión ante sus ideas y el autodesierto.

Mientras que a Pedro Beltrán le tocó soportar su propia leyenda negra en la cual sus enemigos colgaron etiquetas terribles, como las de cavernario, golpista, decimonónico y hambreador.

José Carlos Mariátegui tuvo que hacerle frente a una minusvalía que le complicó la vida, una vida que, además, apenas duró 36 años.

A Luis Banchero Rossi le cortaron las alas cuando estaba en la cresta de la ola con su gigantesca empresa de harina de pescado, después de haberse pasado la vida vendiendo desde vinos en la bodega paterna hasta jabones, piñas, medias, discos y lubricantes.

Así, cada uno de ellos ha tenido su propia historia de esfuerzo y valor, de sacrificio por ser auténticos, leales a su recta conciencia, característica tan ausente hoy día en que la búsqueda de la adulación y la vida fácil ahogan tantos espíritus creados para grandes misiones.

¿Y cuál fue la pasión que incendió a estos peruanos? ¿Cuál el asunto que los interpeló a lo largo de sus vidas? Sin duda, el Perú, su origen como nación y su destino. Por eso, se dedicaron a proponer un país desde donde ellos entendían que debía construirse.

Basadre quería un país grande, integrado, una nación con desarrollo social; un país capaz de ofrecer calidad de vida a todos los peruanos, como nos lo recuerda Rocío Chirinos.

Arguedas, refiere Santiago Pedraglio, quería volcar en el Perú criollo el arte y la sabiduría del pueblo quechua.

Víctor Andrés Belaúnde, nos dice García-Sayán, puso “énfasis en la vocación nacional de la unidad territorial y la ocupación del territorio plasmada en la cultura incaica de los andenes y caminos, reforzada por el centralismo virreinal y la obra de la República”.

José Agustín de la Puente nos recuerda que Riva-Agüero, indigenista e hispanista al mismo tiempo, creía en el Perú mestizo que enaltece las virtudes del hombre andino y del aporte del hombre y de la cultura españoles.

Bustamante y Rivero, anota Sardón, tuvo como preocupación central consolidar el Estado de Derecho en el Perú.

Para Mariátegui, el problema del indio era el problema del Perú, por lo que abogaba por una revolución socialista, refiere Iván Alonso al tiempo que cuestiona severamente las tesis de Mariátegui.

Haya de la Torre quería una América Latina unida, como lo recuerda Espá, y una acción política inclusiva que comprendiera a estudiantes, obreros, campesinos y clases medias.

Y tomo a Basadre para intentar responder lo que casi todos estos veinte se han preguntado y que, creo, el historiador sintetizó de manera magistral respecto a cuándo empieza a existir el Perú. Tal como refiere Rocío Chirinos: definitivamente no fue recién en 1821 con la independencia. Basadre señala dos fechas importantes: la primera es 1609, 212 años antes de la independencia, cuando se editan *Los comentarios reales*, del Inca Garcilaso, el cantar de gesta de nuestra nacionalidad (y acá abro un breve paréntesis para mencionar a Aurelio Miró Quesada Sosa, incansable estudioso de aquel que él llamaba el símbolo de la integración en el Perú, el indio y español, el mestizo Garcilaso de la Vega).

La otra fecha es 1791, año de la primera edición del *Mercurio Peruano*, donde por primera vez figuró la palabra ‘patria’ en su sentido exacto y propio.

Sigo con Chirinos, lo que también señala Basadre en el sentido de que el Perú es totalidad en el espacio y en el tiempo: “Armoniosa coexistencia de la loma y la puna, del cóndor y del alcatraz, de la quinua y el algodón, el ichu y el amancay, de la papa y el algarrobo, del mate ayacuchano y el sombrero de Catacaos, de la chicha y el pisco, de la natilla y el picante, de las piedras del Cusco, la cortesanía de Lima y las revoluciones de Tacna heroica en el cautiverio...”. Es “un largo acontecer histórico donde lo inca vale solo en la medida en que sobrevive dentro de la peruanidad y en tanto y en cuanto sirve a la peruanidad; y donde lo hispano vale únicamente si es que se ha adaptado o se ha enraizado en la peruanidad”.

Esta diversidad tan bien señalada por Basadre ha sido vista con frecuencia como un lastre que dificulta la unidad, pero creo que últi-

mamente se va entendiendo, al fin, la riqueza que realmente significa no ser una monótona y uniforme realidad sino ser poseedores de tal variedad que incluso a nosotros mismos no termina de sorprendernos. Hay quienes dicen que el Perú está de moda: sus restos arqueológicos que emergen en el norte, el sur y el oriente; su gastronomía, sus productos artesanales, sus playas y ciudades llaman la atención del mundo que este año que termina se ha dado cita dos veces, para la ALC-UE y el APEC en nuestra capital; será motivo para que aquí, en casa, también empecemos a entender lo que significa el Perú y ser peruano.

No creo en los nacionalismos, pero sí en la necesidad de un autococimiento para poder salir al mundo sin alienaciones, con la identidad que nos caracteriza y nos distingue del resto de naciones precisamente porque somos peruanos, como otros son chilenos, austriacos, griegos o chinos. Somos peruanos, somos mestizos de muchas fuentes y eso, aunque quisiéramos, no podemos negarlo, más bien hay que “ponerlo en valor”, como hoy se dice, para consolidar nuestra identidad única.

Uno de los que para mí logra mejor la definición de esa identidad, de esa peruanidad, es precisamente Víctor Andrés Belaúnde. Le ha tocado a Diego García-Sayán referirse a él. Debo decir que me ha sorprendido, al mismo tiempo que aplaudo su honestidad, que García-Sayán empiece confesando que recién se ha acercado a Belaúnde a propósito de la invitación para contribuir al volumen que nos ocupa. García-Sayán se lamenta de que, a diferencia de Haya de la Torre y Mariátegui, Belaúnde no conectara de manera directa sus reflexiones y análisis con la organización y la conducción política del siglo XX, a una propuesta política viable. El hombre ha muerto ya, pero sus ideas permanecen y son hoy, quizá más que en el siglo XX, actuales para consolidarse en aquellas políticas concretas que García-Sayán cita de Luis Bedoya Reyes.

Permítanme referirme un poco más a lo que escribe García-Sayán sobre Belaúnde. Dice que no ha encontrado en sus líneas el uso de descalificaciones o adjetivaciones contra sus adversarios, sino un conjunto de ideas o planteamientos... que eran ingredientes sólidos para los debates sustantivos en los que participó. Y reflexiona el propio García-Sayán: “¡Cuánto ayudaría al curso político del Perú que aunque fuese algunos de estos rasgos sobreviviesen hoy en día en el país! El debate político parece haber sido reducido, en el presente, a sinónimo de oferta electoral o de invectiva al adversario”... Y yo añadiría que todo se reduce a oponerse por oponerse, siguiendo exclu-

sivamente los propios cálculos políticos más allá de lo que realmente importa al país.

Destaca García-Sayán que el tema religioso es muy importante en el pensamiento de Belaúnde que parte de la perspectiva de lo trascendente, pero ubicándola como norte e inspiración de procesos sociales y políticos, donde se encuentra la vertebración del pensamiento social-cristiano en el Perú. “Estamos, pues –dice García-Sayán–, ante una aproximación a lo religioso, no como espiritualidad desligada de la realidad, sino como elemento inspirador del destino del hombre y de afirmación de la nacionalidad”.

Me llama aquí la atención esta reflexión de García-Sayán en tanto lo religioso (que viene de religar, de volver a unir, reconciliar) nunca puede ser pura espiritualidad desligada de la realidad, pues importa al hombre que es una unidad bio-psico-espiritual, que vive en una realidad concreta que está llamado a transformar. La religión nunca puede ser puramente espiritual. Y me llama la atención especialmente porque suele cuestionarse cuando lo religioso, que es inherente al hombre, a su naturaleza, quiere actuar sobre la realidad, porque esa es su naturaleza, y no faltan las voces que claman para que eso se guarde para la sacristía, la iglesia o la vida privada, cuando –debo coincidir plenamente con García-Sayán– eso no es posible según la propia naturaleza de la religión y del hombre que la profesa.

Como le ha ocurrido a García-Sayán, ocurre con no poca frecuencia que la visión que se tiene de los llamados clásicos: Belaúnde, Mariátegui y Haya de la Torre, partan de una posición prejuiciada, llena de los lugares comunes a los que suelen haber reducido sus pensamientos, sus análisis de la realidad peruana, quienes se los han apropiado y muchas veces deformado.

En tiempos de orfandad de ideas, una revisión de lo que estos visionarios reflexionaron acerca del Perú y sus gentes será muy útil para reencaminar a quienes han sido elegidos para conducir el país o quienes pretenden conducirlo en el futuro, pero también para quienes actuamos en la vida nacional desde el puesto que nos haya tocado.

Valga aquí resaltar el pensamiento de Honorio Delgado, psiquiatra y filósofo, para quien, refiere Renato Alarcón-Guzmán, la “relación del pasado con el porvenir plasma la vocación del hombre en el mundo, la orientación singular de su personalidad”, es decir, la identidad como concepto enterizo, vinculador, permanente pero dúctil en la perenne y mutua relación entre individuo y sociedad”.

De estos veinte peruanos del siglo XX, tenemos la fortuna de seguir contando con los aportes de cuatro de ellos: Luis Bedoya Reyes, Fernando de Szyszlo, Blanca Varela y Mario Vargas Llosa.

Con sus casi noventa años, que los cumplirá en febrero próximo, Luis Bedoya Reyes no solo es un peruano del siglo XX sino uno del siglo XXI, es más, a veces se me ocurre que en realidad siempre fue un hombre del siglo XXI, a quien le tocó vivir cuando el Perú todavía no estaba listo para hacer suya la visión de país que él materializó. ¿Quién no se ha preguntado alguna vez qué hubiera pasado si Bedoya Reyes hubiese sido presidente?

Como dice Lourdes Flores Nano en este ensayo, lo que se reclamaba a Víctor Andrés Belaúnde y a José Luis Bustamante y Rivero, se concretó en Luis Bedoya Reyes.

Fernando de Szyszlo, que no se considera un artista, le dice a Mariella Balbi que “Los artistas triunfan o no tienen éxito, esas son sus reglas. Quienes no lo somos, estamos algo más ajenos a ese tremebundo dilema”, lo que a mí me motiva a pensar que eso que dice Szyszlo bien puede parafrasearse para aplicarlo a los veinte de este libro: es probable que algunos no hayan tenido éxito en su tiempo, en el sentido más materialista de esta palabra, pero que triunfaron, triunfaron. En este caso, el triunfo y también el éxito de Szyszlo tienen sus raíces, como dice Balbi, en haber sido el primero en resaltar la plástica precolumbina, nutriéndose de esta a lo largo de su larga y fructífera vida.

En Blanca Varela, Giovanna Pollarolo rescata lo que de ella dice Mario Vargas Llosa: “Entre todos los poetas de este tiempo que me ha tocado conocer, no hay uno solo tan ajeno a la feria de las vanidades y a la ilusión o a la codicia del éxito, como Blanca Varela”. También toma palabras de la propia poeta: “¿Por qué no me gusta mi poesía? Tal vez porque soy una insatisfecha, creo que es el destino de toda persona que aspira a ser auténtica; eso sí, creo que ser auténtico es buscar siempre algo que uno no alcanza”.

Y termino este rápido repaso con el ensayo que sobre Vargas Llosa ha escrito Pedro Cateriano Bellido, además compilador de todo el trabajo. Vargas Llosa es casi con toda seguridad el peruano más universal o, según refiere Cateriano, es un verdadero ciudadano del mundo como al propio Vargas Llosa le gusta definirse.

Es también un sinónimo de búsqueda constante de la libertad en un sentido amplio, que no ha tenido miedo de cambiar de parecer según se lo han suscitado los acontecimientos. Sus ideas, además, se

han puesto en evidencia no solamente en sus acciones propiamente políticas sino también en su riquísima obra literaria, en sus conferencias alrededor del mundo, en sus Piedras de Toque publicadas en una treintena de periódicos, en síntesis, en su participación activa en la vida cultural del mundo.

Y ahora sí termino este comentario tomando prestadas unas líneas que Carlota Casalino escribe al referirse a Raúl Porras Barrenechea, aunque yo me tomo la libertad de aplicarlas a los veinte peruanos de esta publicación:

Recordar a estos peruanos como “los principales intelectuales del Perú del siglo XX es apostar por la construcción de una comunidad que sabe reconocer a sus hombres y mujeres que contribuyeron –en las tareas que desempeñaron– a establecer los hitos centrales de nuestra peruanidad. [...] En las generaciones de peruanos de hoy y de mañana descansa la responsabilidad de que no se pierda la memoria [de estos] ni sus lecciones de peruanidad”.

Y cito también a Pedraglio, que se refiere a Arguedas, pero que tomo para los veinte: “Muchos colegios llevan su nombre, así como innumerables promociones de universidades y de escuelas secundarias”...

Y me pregunto: ¿pero cuántos realmente los conocen más allá de las breves biografías que memorizan en el colegio? ¿Cuántos llegan a la universidad e, inclusive, la terminan sin tener idea siquiera de quiénes son, qué pensaron, qué país soñaron y fueron definiendo, mal que bien, con sus ideas? ¿Cuántos políticos, maestros, periodistas, empresarios, por ejemplo, habrán leído *Los 7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, *Peruanidad*, *La historia de la República del Perú* o *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, ya no digo *Conversación en La Catedral*?

Consciente de que la respuesta probablemente nos haría constatar una penosa realidad, felicito de todo corazón a la Universidad de Ciencias Aplicadas, particularmente a Pedro Cateriano, que ha sabido reunir tan sustanciosos ensayos, y a Úrsula Freundt, directora del Fondo Editorial de la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC), por la pertinencia de esta publicación.

A pocos días de entrar al año 2009, cuando el Perú vive un momento importante en los campos económico y cultural, en la orilla ya de una crisis financiera mundial que no dejará de golpearnos al mismo tiempo que abrirá nuevas oportunidades de crecimiento, resulta muy oportuno volver a mirar las fuentes de las que nos nutrimos.

Una nación no solo es acción, no solo se define por sus éxitos o fracasos económicos, sino fundamentalmente es una idea, y esta idea viene siendo forjada desde hace siglos, volviendo a Basadre, incluso antes de la independencia, y ha ido madurando gracias al trabajo de nuestros pensadores, de nuestros intelectuales que han aportado sus reflexiones sobre el Perú a la vida política, económica y cultural de nuestra casa.

No es solo un homenaje a ellos fomentar que se revise su trabajo. Es, más que nada, una tarea que no debemos desaprovechar en beneficio de hoy, de nuestros días para que la pasión de estos veinte nos contagie a todos.

Alfredo Torres

Me imagino que si me han pedido participar en la presentación de este libro notable esperarán de mí que les proporcione algunas estadísticas. No, no voy a contarles los resultados de alguna encuesta sobre la materia, pero sí me parece ilustrativo compartir con ustedes los siguientes datos:

De los 20 peruanos del siglo XX, 19 son hombres. La única mujer es Blanca Varela. Evidentemente no se trata de un prejuicio de quienes hicieron la selección. Ocurre que así fue el siglo XX. Recién en la segunda mitad del siglo las mujeres lograron el derecho al voto y llegaron masivamente a las universidades.

De las 20 personalidades, 7 nacieron en la capital (incluyendo a Luis Bedoya Reyes que nació en el Callao), 12 en el interior del país y 1 en el extranjero. Sin embargo, la gran mayoría provino de poblaciones de la costa o de poblaciones cercanas a la costa, como Arequipa (3) y Moquegua (1). Solo dos, Arguedas y Vallejo, provienen de poblaciones ubicadas por encima de los 2.500 metros de altura: Andahuaylas y Santiago de Chuco.

14 personalidades vivieron largo tiempo fuera del país, algunos voluntariamente, otros por exilio político. La mayoría hablaba francés y vivió en París.

13 tuvieron cargos públicos. Dos de ellos fueron presidentes de la República: José Luis Bustamante y Rivero, y Fernando Belaúnde Terry, pero la mayoría sirvió en algún momento a su país de manera directa.

Solo dos fueron empresarios y ambos incursionaron en periodismo. El agricultor y dueño del diario *La Prensa* Pedro Beltrán y el pesquero y fundador del diario *Correo* Luis Banchero Rossi. Casi todos podrían calificarse de intelectuales, incluso quienes no tuvieron a las letras como su vocación inicial, que fue el caso del médico Honorio Delgado, del arquitecto Fernando Belaúnde Terry y del propio Pedro Beltrán, todos los cuales participaron activamente en el debate de las ideas en el país.

Más allá de los números, el libro es muy rico en datos, anécdotas y frases memorables:

Por ejemplo, que el padre de Víctor Raúl Haya de la Torre, Raúl Edmundo, fue fundador del hoy centenario diario *La Industria* de Trujillo y también congresista por la bancada del general Cáceres. O que... Mario Vargas Llosa y Luis Bedoya Reyes habían militado en una misma agrupación política mucho antes de constituir con Fernando Belaúnde Terry el Fredemo. Esa agrupación fue la Democracia Cristiana, de la que Bedoya Reyes fue su secretario general y en la que Vargas Llosa se inscribió a fines de la década de 1950.

Entre las anécdotas más sabrosas del libro destacan una de Sánchez y otra de Belaúnde:

Cuenta Ismael Pinto que Luis Alberto Sánchez se encontró en 1966 en Bogotá, cuando ya estaba muy mal de la vista, con Jorge Luis Borges, quien ya casi ciego viajaba con su madre. La madre de Borges, ya mayor, al ver a Sánchez le pide que acompañe a Borges a una diligencia que tenía que hacer fuera del hotel. Sánchez aceptó caballerosamente y terminó agotadísimo de la tensión de hacer de lazarillo, en una noche oscura y lluviosa, cuando él mismo casi no veía nada.

Miguel Cruchaga cuenta que Fernando Belaúnde Terry fue detenido en 1956 por la Policía, que le increpó: “Diga si es verdad que lo encontraron disfrazado con un poncho”, a lo cual el arquitecto respondió “El poncho no es un disfraz en el Perú. Es el uniforme de las mayorías nacionales. Entiendo, sin embargo, que lo desprecien los hombres del gobierno, pues es la única prenda de vestir que carece de bolsillos”.

El libro está plagado de frases célebres como la que les acabo de contar de Fernando Belaúnde Terry.

Rocío Chirinos nos recuerda varias de Jorge Basadre. Entre ellas: “A la larga, lo que importa, en la vida y en la obra, es ser uno leal consigo mismo, proceder de acuerdo con el fondo ‘insobornable’ que

todos llevamos dentro [...] buscar y tratar de mantener la paz interior como algo de mayor valía que cualquiera de los títulos mundanos, es decir, una conciencia tranquila”.

Lourdes Flores Nano, a su vez, nos recuerda una muy ingeniosa de Luis Bedoya Reyes: “la diferencia entre los jóvenes y las personas adultas está en una letra. Mientras a los jóvenes les corresponde ‘saber llegar’, a los mayores les toca ‘saber legar’”.

Me imagino que de los comentaristas de un libro se espera algunas amables críticas. Como en este caso es una compilación, dirigiré mis críticas al compilador. La verdad es que estoy de acuerdo con el 95% de los nombres escogidos para representar al siglo XX. Mi 5% de objeción es hacia Manuel González Prada. No porque su prédica iconoclasta lo descalifique, sino porque para mí es un hombre del siglo XIX: nació en 1844, combatió en la Guerra del Pacífico y murió en 1918. Es decir, vivió la mayor parte de su vida en el siglo XIX. En mi opinión la primera generación del siglo XX es la generación arielista, que nace después de la Guerra del Pacífico, a la que pertenece Riva-Agüero, García Calderón, Víctor Andrés Belaúnde y Alfredo González Prada, el hijo de Manuel.

En lugar de González Prada, habría puesto a otra mujer, para no recargar en Blanca Varela toda la representación del género femenino. Habría incluido, con cierta audacia, a una artista que llevó la música peruana por el mundo, la recordada Chabuca Granda. En mi opinión, las letras de sus canciones supieron retratar genialmente al Perú de su época y conmovieron a varias generaciones.

Si hubiese que hacer una suerte de “Guía para ser una personalidad admirada”, a partir de las lecciones que nos dejen los veinte peruanos del siglo XX podríamos decir que se requiere lo siguiente:

Talento. Es un hecho que nuestros veinte peruanos han sido o son personas inteligentes y con una habilidad notable para desempeñarse en lo que decidieron hacer. Sin embargo, el talento no es suficiente.

Pasión. Los veinte han sido gente apasionada. Algunos, más emotivos, como Vallejo; otros más equilibrados, como Basadre, pero nadie puede dudar que incluso Basadre, con toda su rigurosidad, tenía una pasión, la historia; como la tiene, por ejemplo, Fernando de Szyszlo por la pintura.

Integridad. El sentido del honor, de la palabra empeñada, la honestidad y la sensibilidad hacia el prójimo fueron también características comunes de los veinte notables. Este es posiblemente también la razón

por la que otras figuras destacadas –como algunos ex presidentes– no han sido incluidos en esta lista de personalidades admirables.

Patriotismo cosmopolita. Aunque bajo diferentes puntos de vista, todos amaron al Perú, pero lo hicieron con una visión amplia, ya que la gran mayoría vivió algún tiempo fuera del país, específicamente en Europa y, en particular, en París, la capital cultural del mundo en el siglo XX y lugar de encuentro de intelectuales de todas las nacionalidades.

Especialistas multifacéticos. Todos fueron brillantes en su ámbito profesional, pero la gran mayoría incursionó también con éxito en otros campos. Honorio Delgado, por ejemplo, fue un extraordinario médico y psiquiatra, pero también un intelectual de primera línea que integró la Academia Peruana de la Lengua. Otra personalidad de gran versatilidad fue Pedro Beltrán, quien fue un empresario agrícola exitoso, director de un notable periódico, *La Prensa*, y un destacadísimo primer ministro y ministro de Economía.

Pienso que cuando se escriba el libro de los veinte o 21 peruanos del siglo XXI estos cinco atributos seguirán vigentes: talento, pasión, integridad, patriotismo cosmopolita y especialización multifacética. Pero habrá algunas diferencias. Mencionaré solo dos:

Los veinte peruanos del siglo XX compartieron una adhesión a la ideología en una medida que probablemente no se repetirá en el siglo XXI. No me refiero a una ideología en particular: Los tuvimos conservadores, liberales, socialdemócratas, socialcristianos y socialistas. Sino que los peruanos más destacados del siglo XXI seguramente serán ideológicamente más eclécticos y más orientados a buscar soluciones técnicas a los problemas del país.

Los intelectuales seguirán siendo importantes, pero sospecho que tendremos una mayor proporción de emprendedores que en la selección del siglo XX. El Perú logrará su gran desafío del siglo XXI, que es salir de la pobreza, liderado por sus políticos e intelectuales, pero también por obra de sus emprendedores, quienes deberán desarrollar empresas competitivas y crear empleos dignos para los peruanos.

Para concluir, quisiera felicitar a Pedro Cateriano y a la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC) por esta brillante iniciativa que nos ayuda a los peruanos a tener modelos que admirar entre nuestros propios compatriotas. Alguna vez le preguntaron a un ex presidente a quién admiraba y contestó que a nadie. Probablemente por soberbia pero creo que también por ignorancia. Una obra como este ayuda a evitar respuestas similares en el futuro.

Las personas que uno admira no tienen que ser necesariamente conacionales. Pedro Cateriano nos recuerda en este libro, por ejemplo, que Vargas Llosa declaró una vez que los tres pensadores modernos a los que más les debe son Karl Popper, Friedrich von Hayek e Isaiah Berlin. Ojalá hubiese un libro como este sobre ellos para que quienes no tenemos la capacidad de lectura de nuestro célebre escritor pudiésemos conocerlos mejor. Entre tanto, bien vale empezar por casa y esta selección de peruanos notables que nos propone la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC) cumple con creces el propósito de brindarnos modelos para admirar en el Perú.